

APROXIMACIÓN INICIAL A LA INTEGRACIÓN DE LAS COMUNIDADES FENICIAS DE LA PENÍNSULA IBÉRICA EN EL IMPERIO ROMANO DESDE UNA PERSPECTIVA POSCOLONIAL¹

FIRST APPROACH TO THE INTEGRATION OF PHOENICIAN COMMUNITIES IN THE IBERIAN PENINSULA DURING THE ROMAN EMPIRE FROM A POSTCOLONIAL PERSPECTIVE

Francisco MACHUCA PRIETO²
Universidad de Málaga

Recibido el 26 de septiembre de 2013.
Evaluado el 23 de enero de 2014.

RESUMEN:

Se presenta en este artículo las hipótesis de partida y objetivos principales de nuestra tesis doctoral, que se encuentra en su fase inicial. Dicho estudio se centra en el análisis del proceso de integración de las comunidades fenicio-púnicas de la Península Ibérica en las estructuras de dominación de Roma y su imperio, desde el final de la Segunda Guerra Púnica (206 a.C.) hasta época de los Flavios (mediados del siglo I d.C.), partiendo sobre todo de una perspectiva cultural e identitaria. Nuestro principal fin es explicar los procesos de construcción identitaria en el seno de tales comunidades ligados a su paulatina transformación en *ciuitates* romanas. Aspiramos también a superar los clásicos enfoques unidireccionales sobre el proceso de “romanización” en la *Ulterior-Baetica*, reinterpretando las conocidas persistencias culturales “púnicas” como reelaboraciones identitarias dentro del mundo romano.

ABSTRACT:

This article sets out the initial hypotheses and the main objectives of my doctoral thesis, which is in its initial stages. My research deals with the process of integration experienced by the Phoenician-Punic communities of the Iberian Peninsula in the Rome world, from the end of the Second Punic War (206 BCE) until Flavian times (mid-1st Century CE). The main goal of my research is to explain the process of identity construction among these communities and the changes that led to their gradual transformation in Roman *ciuitates*. This thesis tries to overcome the traditional one-way approaches applied the “Romanization” process in the *Ulterior-Baetica* province. In this regard, I try to reinterpret the so-called “Punic cultural resistances” as identitarian reworkings within the Roman world.

PALABRAS CLAVE: Fenicios, Imperio romano, Identidades, Teoría poscolonial.

KEY-WORDS: Phoenicians, Roman Empire, Identities, Postcolonial theory.

¹ Este trabajo se enmarca dentro del Proyecto de Investigación titulado «La construcción de la identidad fenicia en el Imperio romano» (HAR2010-14893), dependiente en origen del Ministerio de Ciencia e Innovación y en la actualidad del Ministerio de Economía y Competitividad; y en el Grupo de Investigación de Estudios Historiográficos (HUM-394), de la Junta de Andalucía. El texto que aquí se presenta está basado en la potencia leída el día 9 de mayo de 2013, en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid, dentro del XII Encuentro de Jóvenes Investigadores de Historia Antigua.

² Correo electrónico: machucaprieto@uma.es. Departamento de Ciencias y Técnicas Historiográficas, Historia Antigua y Prehistoria. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Málaga. Campus de Teatinos, s/n. 29071, Málaga (España).

1. Introducción: antecedentes y nuevas perspectivas

Hasta finales del siglo XX la cuestión de los fenicios bajo poder romano desde finales del siglo III a.C. fue poco abordada a nivel historiográfico³. No sería hasta inicios de los años noventa cuando el proceso de integración de las comunidades de tradición fenicio-púnica asentadas en el sur peninsular en las estructuras de dominación romanas fuera tratado, de forma extensa y detallada, por el profesor J. L. López Castro⁴. Sus trabajos sirvieron para romper definitivamente con la tendencia a considerar que tras la llegada de los cartagineses a la Península Ibérica sólo habitaban en ella “púnicos”, que además “desaparecían” con la victoria de Roma. Al mismo tiempo, López Castro prestará sobre todo atención a los factores económicos de dicho proceso de integración, en consonancia con las corrientes historiográficas dominantes en la época.

Hoy día, sin embargo, pensamos que existen nuevas circunstancias que hacen muy conveniente una revisión del tema, a la luz de los nuevos datos, interpretaciones y enfoques teóricos. En primer lugar, el conocimiento de la implantación colonial fenicia en la parte más occidental del Mediterráneo ha experimentado en los últimos años una auténtica revolución, en términos cuantitativos y cualitativos. En la actualidad, el panorama de la presencia fenicia en la Península Ibérica se eleva, como poco, hasta el siglo X a.C. y se extiende mucho más allá de Gadir, por la fachada atlántica. Asimismo, se ha ido consolidando con fuerza la evidencia de un intenso poblamiento de gentes de origen oriental en lo que se considera el núcleo del mundo tartésico, en lugares como El Carambolo, Carmona, Montemolín, Coria del Río o Huelva. Todo ello cambia considerablemente el mapa de las comunidades de origen y/o tradición cultural fenicia en tierras del sur peninsular. Por otro lado, en relación con el componente “púnico”, una vez descartadas las forzadas tesis de Schulten, se impuso durante los años ochenta y principios de los noventa del pasado siglo XX la convicción de que la presencia cartaginesa previa a la conquista de los Bárquidas no implicaba una ocupación militar o control administrativo del territorio. En este ámbito puede haber también importantes novedades. Los cambios perceptibles desde mediados del siglo IV a.C. tanto en el ámbito fenicio como en el mundo “ibero-turdetano”, así como la relectura de la tradición literaria⁵, permiten plantear una mayor intensidad de la presencia e influencia de Cartago de lo hasta ahora reconocido, especialmente a lo largo del valle del Guadalquivir y en el área gaditana⁶. Estas novedades, en definitiva, modifican sustancialmente las bases del análisis que proponemos, haciendo que nuestro estudio se proyecte no sólo sobre las comunidades de reconocido origen fenicio, como Gadir, Malaca, Sexi o Abdera, sino también sobre otras poblaciones del interior andaluz, como Carmo, en la cual efectivamente se documenta una temprana presencia fenicia⁷.

Junto a estos factores, la novedad y originalidad de nuestra tesis doctoral radican en el enfoque y en los fundamentos teóricos que lo sustentan. De este modo, prestamos especial atención a los procesos de construcción y deconstrucción identitaria ligados a la integración de las mencionadas comunidades fenicias en la esfera de Roma, intentando llevar a cabo al mismo tiempo una revisión crítica del concepto “romanización”, que ha sido tradicionalmente entendido como un transferencia unidireccional entre una cultura civilizadora y otra

³ Destacan los siguientes artículos: Koch 1976; Bendala Galán 1981 y 1982; Arteaga 1981 y 1985; Tsirkin 1985.

⁴ López Castro 1995 y 2007.

⁵ Aunque, en ocasiones, se ha estimado que la exégesis literaria constituía un campo de estudios agotado, la aplicación en los últimos años de nuevas claves de lectura, centradas sobre todo en las formas de construcción de la identidad colectiva y la etnicidad (Cruz Andreotti 2004; 2007; Álvarez 2009), han dado lugar a posibilidades y perspectivas de investigación que no habían sido consideradas hasta el momento. Resulta primordial, en este sentido, revisar las fuentes literarias que hacen referencia a los fenicios asentados en el Extremo Occidente, en especial las que se generaron desde finales del siglo III a.C. hasta la época de los Flavios, coincidiendo con la paulatina integración de las comunidades fenicio-púnicas en el mundo romano: Polibio, Estrabón, Plinio, Diodoro Sículo, Pomponio Mela, Varrón o Apiano.

⁶ Ferrer Albelda 2007, 207-208.

⁷ Fig. 1.

receptora, idea que en los últimos años ha empezado a ponerse en seria duda gracias, entre otras cosas, a la influencia de las teorías poscoloniales. En este sentido, creemos que la aplicación a procesos históricos como el que aquí tratamos de ciertos postulados provenientes del extenso campo que constituye el poscolonialismo⁸ nos abre un abanico de grandes posibilidades, puesto que este tipo de aproximaciones teóricas han roto con la concepción esencialista de las identidades y, por otro lado, contribuyen a que por fin se tengan en cuenta aspectos como las realidades intermedias, los procesos de hibridación cultural y el papel activo de la agencia local. De igual manera, los estudios subalternos⁹ también aportan elementos que consideramos de interés, pues ponen su principal foco de atención, partiendo del análisis de las relaciones de poder y hegemonía, en las voces silenciadas y en los grupos excluidos de las narraciones históricas convencionales, los llamados “subalternos” –campesinos, mujeres, asalariados, pobres, esclavos, poblaciones indígenas–, como los denominó el italiano Antonio Gramsci. No se trata ya de crear historias alternativas que vengan a solventar las omisiones deliberadas de la historiografía, sino también de evidenciar, en nuestro caso concreto, las diferencias que pueden existir entre unos grupos sociales y otros a la hora de “convertirse en romano” y de ver cómo incidió la cultura griega y romana en la representación que sobre sí mismos llegaron a tener los propios fenicios de la Península Ibérica.

Atendiendo a todo ello, presentamos en este trabajo una serie de argumentos, aún en fase de desarrollo, que nos permiten plantear la posibilidad de que, tras la llegada en las últimas décadas del siglo III a.C. de Roma a la Península Ibérica, tuviera lugar entre las comunidades de origen fenicio-púnico un proceso de construcción/reelaboración identitaria que debió estar muy vinculado a su progresiva integración en las estructuras del nuevo poder romano. Las categorías étnicas “fenicio” y “púnico” no tienen su origen en el seno de las poblaciones a las que aluden, sino que son un producto fundamentalmente de época romana. La génesis de este fenómeno, no obstante, puede ser ya rastreada en los años previos de dominación hegemónica cartaginesa, razón por la cual creemos necesario comenzar nuestra investigación partiendo ante todo de una revisión de los paradigmas más clásicos sobre el proceso histórico de los fenicios que habitan en el sur de la Península Ibérica, tomando como principal punto de partida los antecedentes de la llegada de los Bárquidas a Iberia.

2. Los fenicios de Iberia, entre Cartago y Roma

Cartago jamás fue concebida historiográficamente como Grecia y Roma, las cuales han sido consideradas, de forma predominante, como las dos grandes culturas civilizadoras de la Antigüedad, de arte refinado y moral ejemplificadora. Su halo africano y los estrechos vínculos que le unían a “Oriente”, lugar donde, desde una perspectiva occidental totalmente supeditada a los intereses coloniales de las grandes naciones decimonónicas, se daban cita el despotismo, la lujuria, el engaño, la fantasía o el fanatismo más salvaje, originaron que la civilización cartaginesa fuera entendida por los historiadores y arqueólogos europeos como una amenaza que hubo de ser conjurada por Escipión, el gran genio militar romano, pero no

⁸ El poscolonialismo se caracteriza básicamente por intentar representar las situaciones, contextos y estructuras coloniales de una forma diferente a la tradicional visión que, además de ser excesivamente eurocéntrica, daba por hecho que colonizador y colonizado eran entidades avocadas a permanecer disociadas, confrontadas y segregadas. No se trata, sin embargo, de un campo estanco. El poscolonialismo es más bien una posición teórica multidisciplinar que desde diversos ámbitos –posestructuralismo, deconstrucción, psicoanálisis, materialismo histórico, teorías feministas– busca subvertir la perspectiva colonizadora y generadora de estereotipos de los occidentales mediante un proceso de revisión y análisis centrado sobre todo en el conocimiento producido sobre las colonias y en las interpretaciones de la relación colonial. Véase Young 2001 para consultar una completa síntesis sobre el origen, desarrollo y naturaleza de los estudios poscoloniales.

⁹ También dentro de la esfera poscolonial. La obra de referencia en castellano es Guha 2002.

como una cultura inmersa plenamente en el marco mediterráneo, al mismo nivel que su oponente italiano¹⁰. Trasladados a la tradición historiográfica de nuestro país, el conjunto de tópicos y prejuicios asociados a la ciudad norteafricana, muchos de ellos heredados de los autores grecorromanos, como Polibio, Diodoro, Tito Livio o Apiano¹¹, moldearon desde mediados del siglo XIX una imagen de los cartagineses eminentemente negativa: a grandes rasgos, Cartago era una potencia agresiva, codiciosa e imperialista cuyo principal deseo en relación con Iberia era expandirse territorial y económicamente, a través de un control militar directo y la implantación de una red comercial dependiente de la metrópoli, de la misma forma que ocurría en las islas de Sicilia y Cerdeña¹². De sobra son conocidas, en este sentido, las teorías filohelenistas del historiador alemán A. Schulten, que no dudó en achacar la supuesta destrucción de Tarteso a finales del siglo VI a.C. a los cartagineses, “siniestros sucesores de los tirios”¹³.

Este panorama, sin embargo, comenzará a cambiar a mediados de los años ochenta del pasado siglo XX, cuando la recepción en España de las nuevas perspectivas teóricas surgidas en las décadas anteriores –la *New Archaeology* del mundo anglosajón, los enfoques de la escuela estructuralista francesa o las diversas teorías posmodernas que reaccionan contra tales planteamientos–, el aumento del caudal de información arqueológica y la intensa labor de exégesis de los textos clásicos llevada a cabo por una nueva generación de investigadores tendrán como resultado un cambio radical de la concepción historiográfica sobre Cartago y su actuación en tierras peninsulares¹⁴. De este modo, frente a la tradicional tesis asentada en la creencia de que los cartagineses habían establecido un importante dominio militar, territorial y económico en la Península Ibérica mucho tiempo antes de la llegada en 237 a.C. de Amílcar, se va imponiendo la idea de que lo que verdaderamente existió no fue un imperio cartaginés, sino una posición hegemónica de la ciudad norteafricana basada en un sistema de “comercio administrativo” mediante la fundación de *emporía* y en el establecimiento de una serie de tratados y alianzas libres que conducirán, sin que fuera necesaria la presencia de efectivos militares, desde la reciprocidad inicial a la dependencia política y económica de las ciudades fenicias de Iberia respecto a los cartagineses, cuya preeminencia marítima les permitió convertirse en garantes de los intercambios y defensores de las flotas¹⁵. Los autores que se inscriben dentro de esta corriente renovadora, como C. González Wagner, P. Barceló o el ya referido J. L. López Castro, además, lograrán por fin eliminar del discurso historiográfico los estereotipos más prejuiciosos sobre la falsedad y vileza de Cartago.

Paralelamente, con posterioridad al surgimiento y desarrollo del nuevo modelo de relaciones entre Cartago e Iberia que acabamos de exponer, habrá autores que, con diversos matices y alejados de los excesos schultenianos, seguirán defendiendo la existencia de una destacada presencia cartaginesa en el sur de la Península Ibérica antes de la llegada de los Bárquidas, sustentada principalmente en una activa política colonizadora y en la directa explotación de sus ricos recursos pesqueros, argentíferos y humanos –tropas

¹⁰ Ferrer Albelda 1996a; Prados Martínez 2001.

¹¹ Devallet 1996. La imagen negativa que tenían griegos y romanos sobre los cartagineses y los fenicios, aunque constituye una idea que no podemos rechazar, ha sido en los últimos años objeto de matizaciones, como puede observarse en Gruen 2010, 115-140.

¹² López Pardo y Suárez 2002, 113.

¹³ Schulten 1924, 66.

¹⁴ López Castro 1994, 523-524; Ferrer Albelda 2002-2003, 15.

¹⁵ González Wagner 1984, 1985 y 1994; López Castro 1991a y 1991b. Cabe destacar que ambos autores basan sus tesis en el nuevo modelo interpretativo para explicar la actuación cartaginesa en Sicilia que elaborará el investigador británico C. R. Whittaker (1978), quien defiende que en la isla italiana, al menos durante los inicios de la expansión mediterránea de Cartago, no se dieron las medidas o condiciones que se requieren para poder hablar de imperialismo a la manera clásica: anexión territorial, aparato administrativo provincial, recaudación de tributos, monopolios comerciales, dirección de la política exterior de los territorios conquistados y control de las explotaciones agrícolas.

mercenarias¹⁶. Puede decirse, por tanto, que el péndulo historiográfico ha ido oscilando en las últimas tres décadas entre dos extremos divergentes respecto a la actuación de Cartago en los territorios peninsulares con anterioridad a la conquista que inician los generales de la familia Bárquida, entre el siglo VI y el año 237 a.C. Como apunta E. Ferrer Albelda, el debate se centra justamente en saber si hubo “imperialismo o hegemonía, más o menos influencia cartaginesa en el mundo púnico de Iberia”¹⁷. El problema básico, derivado de la naturaleza fragmentaria de las fuentes grecolatinas y en el lento, aunque progresivo, avance de la investigación arqueológica, hay que buscarlo en los posicionamientos drásticos: no se puede sobredimensionar el papel que Cartago jugó en suelo hispano, pero tampoco minimizarlo y hacer su presencia casi inexistente hasta el desembarco de Amílcar, en un intento no del todo ilógico por erradicar las tesis clásicas sobre el violento final de Tarteso y el hostil imperialismo ejercido por los cartagineses, que fueron caracterizados durante largo tiempo como un pueblo bárbaro, codicioso, impío y corroído por la envidia, fruto ello de una persistente corriente de antisemitismo y desprestigio de lo oriental imperante en toda la historiografía europea desde al menos la Edad Media. ¿Pueden explicar, por ejemplo, las escasas tres décadas de dominación bárquida la fuerte pervivencia de elementos púnicos en el Bajo Guadalquivir y la bahía de Cádiz en época romana? A este respecto, no son pocos los estudiosos que en los últimos años han planteado abiertamente la idea de una clara intensificación de los intereses económicos y la presencia cartaginesa en estas tierras durante los siglos IV y III a.C.¹⁸. Dentro de esta nueva línea interpretativa, se viene postulando, de hecho, que las relaciones gaditano-cartaginesas a lo largo de estas dos centurias pudieron darse más bien en un contexto de rivalidad creciente a causa del control comercial de la zona atlántica, no estando presididas por lazos de eterna amistad, confianza y alianza natural, como siempre se ha asumido en base a pretendidos elementos de afinidad étnica¹⁹.

Así las cosas, en nuestro trabajo vislumbramos la posibilidad de que la revuelta de los mercenarios y la insurrección líbica tras la Primera Guerra Púnica (264-241 a.C.), que da origen a las sonadas defecciones de Útica y Bizerta, pudiera haber tenido paralelos entre las comunidades fenicias peninsulares, de ahí la llegada de Amílcar²⁰. La idea de que a partir del siglo IV a.C. la presencia y los intereses de Cartago en el Extremo Occidente se intensifican no resulta incompatible con el modelo hegemónico, como han pretendido demostrar E. Ferrer Albelda y R. Pliego, para quienes se iría produciendo, en lo referente al sur de la Península Ibérica, un cambio gradual en la *epikrateia* de los cartagineses, que se verán en la necesidad de defender más activamente sus intereses en Iberia ante el hostigamiento que por parte de los indígenas del interior andaluz sufrían las comunidades fenicias con las que se habían coligado, especialmente Gadir²¹. En efecto, existen un par de testimonios clásicos que hablan de un ataque a la ciudad gaditana por parte de los pueblos vecinos (Iust., XVII, 5, 1-5; Macr., Sat., I, 20, 13). Gracias a la protección que prestaba a las comunidades de origen fenicio, que previamente habría quedado estipulada mediante la firma de un tratado, Cartago se aseguraba el suministro de metales preciosos, salazones y mercenarios. El tratado romano-cartaginés de 348 a.C. constituye, sin duda, un punto de inflexión. Ante el auge de los piratas en el Mediterráneo y buscando limitar las actividades económicas de Roma en sus áreas de influencia, Cartago endurece los términos de este segundo tratado y prohíbe a los romanos navegar, comerciar y fundar ciudades más allá de

¹⁶ Aubet 1986; Bendala Galán 1982, 1987 y 1994; Frutos Reyes 1991 y 1993.

¹⁷ Ferrer Albelda 1996a, 124.

¹⁸ López Pardo y Suárez 2002; Ferrer Albelda 2007; Ferrer Albelda y Pliego 2010. También se ha vuelto a plantear la posibilidad de una temprana intervención militar cartaginesa: Koch 2001.

¹⁹ Mederos y Escribano 2000; Álvarez 2006 y 2013, 774.

²⁰ Álvarez 2006; Frutos Reyes y Muñoz Vicente 2008, 259.

²¹ Ferrer Albelda y Pliego 2010, 551-553.

Mastia Tarseion (Polb., III, 24)²². Cartago, como poder hegemónico, tendría potestad para legislar en nombre de sus aliados situados en el área del Estrecho de Gibraltar. Siguiendo la línea apuntada, cabe mencionar que este papel rector de los tratados internacionales que los cartagineses se arrogan para sí no iba, en principio, en detrimento de la autonomía política de las respectivas *poleis* de la costa andaluza, efectiva sobre todo en el caso gaditano²³. Con el correr de los años, sin embargo, estas ciudades fenicias del litoral mediterráneo, aunque aliadas, terminarían por no aceptar de buen grado ese mayor control que Cartago ejercía sobre ella al menos desde el siglo IV a.C. La ayuda prestada por los cartagineses acabó convirtiéndose en una imposición, una pesada carga por la imposibilidad de sustraerse de ella. Por consiguiente, esta mayor presencia de la potencia norteafricana en la parte más occidental del Mediterráneo a la que venimos aludiendo, que pudo aparejar incluso el establecimiento de ciertas infraestructuras militares²⁴, acabará originando fricciones comerciales y políticas con sus aliados. El comercio gaditano, desde esta nueva óptica, habría resultado seriamente dañado a finales del siglo IV a.C. por las disposiciones del segundo tratado romano-cartaginés, al quedar los norteafricanos como los únicos intermediarios en la comercialización del *garum* y el estaño, los dos productos principales de la ciudad, hacia el Mediterráneo central y oriental²⁵.

Esta situación de tensión, según creemos, se revela idónea para la activación de ciertos mecanismos de afirmación identitaria de tipo étnico. Los seres humanos no nacemos con una identidad asumida, sino que tomamos conciencia de nuestra identidad, resultado de un proceso permanente y continuo de identificación en base a las semejanzas y diferencias que percibimos en las personas que nos rodean²⁶, en contextos y situaciones que interpelan a esa identidad haciendo necesaria nuestra propia representación y la representación del mundo en que vivimos con el fin último de comprender la realidad circundante y poder ubicarnos en ella. En este sentido, las identidades tienen mucho más que ver, sin duda, con la pregunta «adónde vamos» que con «de dónde venimos»; a pesar de que constantemente apelan a la historia, a los usos y costumbres, a la lengua y las tradiciones, la afirmación identitaria de un sujeto individual o un grupo humano se produce únicamente cuando tiene lugar la utilización de tales recursos. En ese momento irrumpe un juego ficticio y simbólico de clasificación, sustentado en ese doble reconocimiento de lo propio y de la alteridad ya aludido, el cual, consciente o inconsciente, no anula los efectos discursivos ni la capacidad política de la identidad, de ahí su irreductibilidad. La semejanza y la diferencia pueden ser imaginarias, pero nunca imaginadas²⁷. Efectivamente, cuando dos o más grupos humanos entran en competición y las tensiones afloran entre ellos –guerra, migraciones, lucha por los recursos, etcétera–, la identidad étnica adquiere una fuerza inusitada²⁸. Así, volviendo al tema que nos ocupa, es posible que Gadir y las otras comunidades fenicio-púnicas del sur

²² Aceptamos sin ningún tipo de duda la localización peninsular de Mastia y Tarseio, que serían dos regiones del litoral mediterráneo andaluz. Ferrer Albelda 2006b: 2002-2003.

²³ Ferrer Albelda 1998, 40-42; 2006a.

²⁴ Más que con ejércitos permanentes, como acabaría ocurriendo en Sicilia, la presencia militar de Cartago en el sur de Iberia puede hacerse efectiva mediante el establecimiento de guarniciones puntuales en lugares de carácter estratégico, como sucede en El Gandul, cuya función sería controlar desde la amplia meseta de Los Alcores el fértil valle del río Guadalquivir y mantener en jaque a su población más importante, Carmo. Pliego 2003; Ferrer Albelda y Pliego 2010, 539.

²⁵ Mederos y Escribano Cobo 2000, 91-97. Un reflejo de esta rivalidad gaditano-cartaginesa sería la expedición del navegante Hannón hacia las costas norteafricanas del Atlántico. Pese a que ha sido situado a finales del siglo VI a.C. tradicionalmente, ambos autores son partidarios de otorgar a este periplo una cronología posterior al segundo tratado de 348 a.C. entre Roma y Cartago, cuando la potencia tunecina, cuya hegemonía queda ya ratificada, está en plenas condiciones de lanzarse a por el control de las rutas comerciales oceánicas.

²⁶ Jenkins 2008, 17.

²⁷ Jenkins 1997, 168.

²⁸ Cardete 2009; Fernández Gótz y Ruiz Zapatero 2011. No obstante, es primordial tener en muy cuenta que la identidad étnica, aunque sea la que genere mayores problemas, es sólo una de las muchas identidades sociales que configuran la dimensión identitaria de un sujeto, ya sea individual o grupal: género, sexualidad, edad, clase social, religión, etc. Díaz-Andreu *et al.* 2005.

de Iberia aprovecharan los problemas que los cartagineses se encuentran en sus territorios africanos tras la Primera Guerra Púnica (264-241 a.C.) para zafarse de Cartago, cuyo control desde mediados del siglo IV a.C. cada vez era más intenso. La etnicidad, hay que tenerlo presente, requiere en todos los casos un poder político que formalice, promueva y sostenga sus reivindicaciones identitarias de tipo genealógico y territorial²⁹.

Polibio nos cuenta que después de establecer la normalidad en África, el general Amílcar “tomó bajo su mando el ejército y a su hijo, que a la sazón tenía nueve años de edad y, una vez hubo cruzado por las columnas de Hércules, recobró los intereses que Cartago poseía en Iberia” (II, 1, 5-6; trad. de A. Díaz Tejera). El historiador de Megalópolis da así a entender que Cartago ejerció su control con anterioridad a 237 a.C. sobre una parte que queda sin especificar del solar ibérico, aunque a partir de un determinado momento habían dejado de hacerlo. Nada dice acerca de cómo, cuándo y por qué perdieron los cartagineses ese control. Por esta razón, la historicidad de este pasaje, al que debemos unir otra famosa referencia polibiana en la que, al contextualizar el origen y causas de la Primera Guerra Púnica, nuestro autor cita a Iberia entre las posesiones territoriales de Cartago (I, 10, 5), es puesta en duda por algunos investigadores, aludiendo al marcado carácter propagandístico en favor de los Escipiones, líderes de la ofensiva romana contra los cartagineses, que tiene la obra de Polibio³⁰. La hipótesis arriba planteada, sin embargo, abre un nuevo camino interpretativo para ambos testimonios, pues, puestos en relación con el citado enconamiento de las relaciones entre Cartago y sus aliados ibéricos, podríamos llegar a inferir que un eventual levantamiento de las ciudades fenicias peninsulares conllevó la pérdida de ciertos territorios o intereses de Cartago, desembocando ello en la llegada de Amílcar Barca con el fin de recuperarlos en 237 a.C. Contamos, igualmente, con una sorprendente noticia que sobre la invención del ariete durante un asedio a Gadir por parte de los cartagineses nos transmiten el ingeniero griego Ateneo el Mecánico (IV, 9, 3) y Vitruvio (X, 13, 1-2), dos autores de la segunda mitad del siglo I a.C. Pocos son los investigadores que aceptan hoy día la idea de que los cartagineses atacaran la Gadir fenicia, dado que ello deduciría una ilógica situación de lucha fratricida, pero si consideramos, como aquí hacemos, que la implantación territorial cartaginesa emprendida por los Bárquidas sí pudo implicar enfrentamientos tanto con Gadir, cabeza del mundo semita peninsular, como con las demás comunidades fenicias del Extremo Occidente³¹, esta información podría estar haciendo referencia a algún episodio de confrontación bélica entre el año 237 a.C. y el final de la Segunda Guerra Púnica (218-206 a.C.)³². No hay que olvidar, según informa Tito Livio, que la ciudad gaditana, aunque era considerada aliada y amiga por Magón (XXVIII, 37, 2), durante toda la contienda estuvo ocupada por las tropas cartaginesas, al frente de las cuales había un *praefectus* (XXVIII, 23, 7 y XXVIII, 30, 4).

Resulta especialmente interesante, asimismo, tener en cuenta que las acuñaciones gaditanas realizadas a lo largo del siglo III a.C. parecen mostrar un evidente componente étnico de carácter diferenciador respecto a Cartago. F. Chaves ha señalado que, desde un temprano momento, las monedas de bronce de Gadir, aunque siguen el patrón metrológico cartaginés y no se alejan excesivamente de los modelos hegemónicos, introducen ciertos matices que van, poco a poco, marcando una clara diferencia con las normas imperantes en

²⁹ Cardete 2009, 32.

³⁰ González Wagner 1994, 12; Barceló 2006, 113-114.

³¹ Según E. Ferrer Albelda, no hay noticias en las fuentes literarias de luchas entre Cartago y los fenicios del sur de Iberia, denominados “mastienos” por los escritores griegos hasta tiempos de la Segunda Guerra Púnica, por lo que los términos ἀνεκτάτο –“recuperar”, “restaurar”– y πράγματα –“intereses”, “posesiones”– de Polibio no estarían aludiendo a los territorios costeros de raigambre semita, sino a las regiones interiores y las vías de comunicación de las que dependía especialmente el suministro de metales (1996b: 123). M. Álvarez piensa, sin embargo, que el etnónimo “tartesios” que usan autores de época romana como Diodoro Sículo y Tito Livio es utilizado para designar también a las poblaciones fenicias de la Península Ibérica, no exclusivamente, como se da por supuesto, a comunidades ibéricas (2006, 136 y 2009).

³² Álvarez 2006, 140.

la propia Cartago³³. El propio hecho de acuñar moneda constituye ya, por sí mismo, un acto de reafirmación local e independencia muy importante. Es más, las emisiones de plata, cuyo inicio vendría marcado cronológicamente por la llegada de los Bárquidas³⁴, introducirán referentes étnicos de carácter específico, puesto que siguen patrones locales e incluyen las leyendas MHLM / 'GDR y MP'L / 'GDR, que constituyen una manifiesta afirmación de su identidad cívica al ser transcritas como "moneda de Gadir" o "acuñación de los ciudadanos de Gadir", lo que es poco frecuente dentro del ámbito púnico. La autora, con una hipótesis cercana a las de otros investigadores recogidas en este trabajo, apunta que probablemente la derrota cartaginesa en la Primera Guerra Púnica fuera un momento muy oportuno, a tenor de los datos numismáticos referidos, para que los gaditanos intentaran recuperar sus viejas glorias comerciales³⁵. De esta manera, centrando ya nuestra atención en la Segunda Guerra Púnica, pensamos que no son pocas las razones que nos permiten plantear de manera abierta que las comunidades fenicias de Iberia no apoyaron incondicionalmente, al menos no lo hicieron siempre, a Cartago, ciudad con la que mantendrían, según la opinión más extendida, unos fuertes lazos identitarios por su origen tirio común y por pertenecer a la misma *koiné* cultural. La huida en 217 a.C. en la desembocadura del Ebro de los "prefectos de las naves" (Pol., III, 95; Liv., XXII, 19), de origen fenicio casi con toda seguridad³⁶, su desertión al año siguiente al ser castigados por Asdrúbal, con la consiguiente rebelión que ello originó entre el "pueblo tartesio" (Liv., XXIII, 26, 5), o la rendición de Gadir a los romanos en condiciones muy favorables, serían tres buenos ejemplos de las tensión que presidió las relaciones entre los cartagineses y las comunidades fenicias del Extremo Occidente durante la guerra contra Roma.

Así las cosas, la hipótesis principal de nuestra tesis doctoral, cuyos fundamentos están siendo presentados en este trabajo, no es otra que la contemplación de un temprano e intenso desplazamiento político de las comunidades fenicias peninsulares hacia la órbita y los intereses de Roma, acompañado de una paralela adaptación e integración de sus élites políticas y ciudadanas en las estructuras de poder de los romanos. Planteamos que, desde el fin de la Segunda Guerra Púnica (206 a.C.) en adelante, se pudo haber gestado entre las comunidades de tradición fenicio-púnica de Occidente un discurso identitario nuevo, repleto de contenido fenicio, a la misma vez que se va produciendo su paulatina integración en las estructuras políticas del mundo romano. Esta nueva estrategia identitaria estaría condicionada por la necesidad de dichas élites ciudadanas, ya bajo el poder directo de Roma tras la victoria de Escipión el Africano sobre los cartagineses, de consolidar sus posiciones de hegemonía en el seno de sus propias comunidades políticas y, a la misma vez, garantizar su progresiva integración en las estructuras romanas. La formación de esta nueva identidad estaría vinculada a la reelaboración de historias, leyendas y tradiciones sobre el origen de estas comunidades fenicias, a la búsqueda de elementos de antigüedad y prestigio, apareciendo la figura de Melqart, principal divinidad de los fenicios, como un componente central dentro del proceso, así como también la ciudad de Tiro, de donde proviene. Las monedas de Gadir nos sirven, otra vez, de ejemplo: Melqart aparece hasta época imperial entre los tipos más destacados de las acuñaciones gaditanas a modo de referente étnico o emblema urbano, acompañado por lo general de la representación de atunes y delfines, muestra de su riqueza marítima³⁷. La efigie del dios tutelar fenicio está también muy presente en los anversos de las monedas de Seks y Abdera hasta bien entrado el siglo I a.C. Hay que tener en cuenta, por otro lado, que esta identidad se expresa

³³ Chaves 2009, 348.

³⁴ Mora 2007, 417.

³⁵ Chaves 2009, 339.

³⁶ Álvarez 2013, 784-785.

³⁷ Alfaro 1988. No cabe duda, en definitiva, de que las amonedaciones de origen fenicio-púnico de la Península Ibérica constituyen unos documentos de primera categoría desde el punto de vista identitario por su carácter de expresión cívica. Además, estas monedas ofrecen algunos de los mejores ejemplos de escritura "neopúnica" a los que podemos acudir para completar nuestro análisis.

a través de categorías étnicas como *phoinix-phoínikes*, *phoenix-phoenices* o, de forma menos frecuente, *poenus-poeni*, términos usados por los autores grecolatinos para referirse a dichas comunidades de origen oriental que son aceptados posteriormente por éstas para autodefinirse, una vez están ya integradas en Roma. Estaríamos, por tanto, ante una construcción identitaria que se da dentro del ámbito romano, aunque basada en elementos mucho más antiguos con el fin, al menos en el caso de las élites, de lograr una posición favorable en la recomposición de poderes y jerarquías de Roma y su imperio a partir de finales del siglo III a.C. Como ponen de manifiesto las aproximaciones poscoloniales, para la existencia de un “yo” es necesario un “otro”. Sin embargo, debemos tener claro que no se trataría de una reacción identitaria en oposición a “lo romano”, sino al revés: la reivindicación de un origen y unas tradiciones culturales cargadas de antigüedad debieron ser una forma excepcional de alcanzar honor y prestigio dentro de un mundo romano inmerso de lleno en el contexto cultural e ideológico del helenismo.

Dicho todo esto, antes de seguir avanzando, describimos brevemente los objetivos concretos que nos proponemos con esta investigación: 1) analizar el proceso histórico de integración de las comunidades fenicio-púnicas de la Península Ibérica en las estructuras de Roma, con especial atención a su proyección en el registro arqueológico; 2) explicar la persistencia de los elementos culturales fenicio-púnicos en la Bética romana sobre todo en términos políticos e identitarios; 3) valorar la posible formación de discursos identitarios basados en la recuperación del pasado fenicio como estrategia de integración en el mundo romano de ciertas comunidades de la *Ulterior-Baetica*; y 4) vincular las transformaciones urbanas y monumentales que experimentan las ciudades púnicas del sur peninsular desde el momento de su integración en Roma hasta mediados del siglo I d.C. a procesos de reelaboración identitaria. Profundizaremos en algunos de estos aspectos en los párrafos del siguiente epígrafe.

3. La construcción de la identidad fenicia en el sur de la Península Ibérica durante el período romano: primeras consideraciones

Sabido es que las estrategias de dominación romanas suelen pasar por la complicidad con las élites indígenas. En nuestro caso, las informaciones que transmiten las fuentes literarias documentan una temprana y cualitativa integración en el mundo romano de las élites fenicio-púnicas peninsulares, especialmente las gaditanas. Sin duda, el ejemplo más conocido lo constituye la familia de los Balbo, cuyo miembro más ilustre, Lucio Cornelio Balbo, acabaría convirtiéndose en el año 40 a.C. en el primer cónsul romano de origen provincial³⁸. Según Dion Casio (XLI, 24, 1), nueve años antes, Julio César había concedido la ciudadanía romana a los habitantes de Gades, lo que de un modo fáctico suponía la conversión de la ciudad en *municipium romanorum*, renunciando con ello a su propio ordenamiento administrativo heredado del período fenicio. Al mismo tiempo, no obstante, el entorno de la bahía de Cádiz en época republicana y alto-imperial presenta un “componente fenicio” muy fuerte desde el punto de vista arqueológico, como demuestra la ya mencionada perduración de tipos fenicios en las monedas gaditanas, cuyos epígrafes exhiben además una escritura neopúnica muy arcaizante, lo cual tendría como objetivo poner de manifiesto su gran antigüedad y pretendida preeminencia en los territorios del Extremo Occidente aún durante la etapa romana³⁹. De hecho, las primeras leyendas monetales latinas no aparecen hasta la época de Augusto, a pesar de lo cual se sigue manteniendo todavía cierto tiempo en los anversos la cabeza de Melqart, como bien puede percibirse en los sestercios y dupondios de la serie VII.A.1 y 2 acuñados hacia el año 19 a.C. por Balbo el Menor para

³⁸ López Castro 1995, 278; Rodríguez Neila 2011.

³⁹ Mora 2013, 151.

conmemorar su pontificado⁴⁰. En el ámbito funerario durante los siglos II y I a.C. la impronta púnica también es destacable, pues son numerosos los ejemplos que evidencian continuidad tanto en los rituales como en los ajuares y en la tipología de los enterramientos⁴¹. Se percibe una tendencia similar en otras ciudades próximas de marcado carácter fenicio, como Baelo Claudia⁴², donde al igual que ocurre en la propia Gades aparecen gran cantidad de tumbas rematadas por cipos y estelas en forma de betilo, o Carmo⁴³, cuya necrópolis altoimperial se caracteriza por la ausencia de las típicas *terra sigillata* romanas y presentar una iconografía funeraria de raigambre norteafricana –por ejemplo, la Tumba del Elefante–. Así, nuestro objetivo principal es explicar este fenómeno de fuertes pervivencias, que incluso es aludido indirectamente por Estrabón (III, 2, 13), desde una nueva perspectiva que sobre todo centra su atención en lo político y lo identitario.

Defendemos que la integración de las comunidades fenicias en el mundo romano no tendría que estar necesariamente ligada a la imitación de “lo romano”. Existen argumentos para plantear que pudo haberse dado una reivindicación de “lo fenicio”, no como una reacción a “lo romano”, sino más bien como una “forma fenicia de ser romano”. En términos poscoloniales, estaríamos hablando de ver y entender cómo los griegos y romanos representaban textual y materialmente al “otro”, pero también cómo ese “otro” se creaba una imagen de sí mismo utilizando los instrumentos que a su disposición se ponen⁴⁴. Dicho con otras palabras, a la hora de configurar la identidad importan por igual tanto la autodefinición como las definiciones que de uno mismo efectúan los demás. La llegada a Iberia de los romanos supone un reordenamiento territorial que origina importantes cambios en el mapa étnico peninsular, como también lo hizo previamente la cada vez más intensa presencia de los cartagineses que culmina con la invasión bárquida. Diversos autores han demostrado que, en los contextos coloniales, la representación que los colonizadores construyen del sujeto colonizado es generalmente interiorizada por los propios colonizados, que no tardan en naturalizar ese nuevo eje de identidad étnica⁴⁵. Es paradójico observar como, coincidiendo con la monumentalización y los cambios que a nivel urbanístico experimentan a finales del siglo I a.C. las ciudades del sur de la Península Ibérica, muestra de su cada vez mayor integración en el mundo romano, la cultura material y sobre todo las prácticas funerarias evidencian todavía una gran vinculación con las tradiciones fenicias, lo cual estaría poniendo de manifiesto que ciertos marcadores étnicos seguían plenamente activos como forma de expresión identitaria en un contexto híbrido y heterogéneo⁴⁶. Como ya hemos apuntado en la introducción, los nuevos enfoques que en las últimas décadas han sido incorporados desde el campo de la teoría poscolonial⁴⁷ nos aportan interesantísimas posibilidades de reflexión para abordar el estudio de la identidad/identidades en la Antigüedad. En las situaciones y contextos coloniales es tremendamente difícil establecer una separación neta entre colonizadores y colonizados, entre los que existe una línea muy difusa, cambiante, en torno a la cual se produce un constante proceso de negociación conjunta que da lugar al surgimiento de toda una serie de híbridos y mestizos culturales. Ello vendría a romper, como también ya se ha dicho, con las clásicas concepciones acerca de la “romanización”, que generalmente ha sido entendida como un trasvase cultural unidireccional o como un proceso de aculturación paulatino a través del cual las “esencias romanas” acaban siendo adquiridas por los pueblos conquistados.

⁴⁰ Alfaro 1988, 154.

⁴¹ Vaquerizo 2010, 147 y 2012; Arévalo González 2011-2012.

⁴² Jiménez 2007.

⁴³ Bendala Galán 2002, 142.

⁴⁴ Gruen 2010.

⁴⁵ Said 1978; Fanon 2009. La crítica poscolonial igualmente ha servido para hacer ver que el colonialismo en cualquiera de sus múltiples modalidades afecta, no sólo a los indígenas colonizados, sino también a los extranjeros recién llegados. La influencia de las colonias sobre la metrópoli es enorme. ¿Se puede entender la sociedad británica del siglo XIX sin el té importado de la India sólo un siglo antes?

⁴⁶ Jiménez, 2008.

⁴⁷ Said 1978; Bhabha 2002; Van Dommelen 2008.

López Castro⁴⁸ postula que los “fenicios de Occidente”, desde época colonial, eran conscientes de poseer una identidad étnica propia sustentada básicamente en su común origen tiro. A través del santuario de Melqart, la ciudad de Gadir sería el centro rector de carácter político y religioso que tutelaba esa autoconciencia fenicia occidental. Entre los indicios que apuntarían a esta hipótesis se encuentran numerosos textos griegos, como la referencia de Polibio al «pueblo de Tiro» del segundo tratado romano-cartaginés (III, 24), así como también los testimonios producidos por los propios fenicios occidentales, en especial la *Chorographia* de Pomponio Mela, que R. Batty interpreta como una visión fenicia de la geografía y la historia del Mediterráneo. No obstante, las fuentes literarias en las que López Castro observa esta manifestación identitaria, según Ferrer Albelda y Álvarez, estarían bastante alejadas de la etapa colonial y podrían ser, más bien, el reflejo de una identidad generada entre los fenicios del sur de la Península Ibérica con posterioridad, en un contexto ya plenamente “púnico”⁴⁹. Desde época helenística en adelante, como bien sabemos, todo lo que revistiese antigüedad pasó a convertirse con enorme frecuencia en una fuente de prestigio y legitimación de primer orden, por lo que esa identidad “fenicia occidental” en base a unos orígenes tirios compartidos sería, en todo caso, una construcción ajena al período histórico al que hace referencia. Aunque, como apuntábamos más arriba, parece fuera de toda duda que la ciudad de Tiro y sobre todo su dios tutelar, Melqart, constituyen a nivel religioso e identitario un referente a tener muy en cuenta, al menos en el caso de Gadir, no es menos cierto que el primer nivel identitario entre las comunidades fenicio-púnicas debió ser la ciudad, la comunidad cívica, algo también ya señalado. Por otro lado, es menester tener en cuenta que cada vez son más los autores que reclaman un origen múltiple y heterogéneo para los colonizadores fenicios que desde los siglos X-IX a.C. van llegando a las costas de la Península Ibérica, los cuales provendrían de diversas ciudades portuarias de la franja sirio-palestina, no sólo de Tiro, como era tradicional defender⁵⁰. De hecho, dando un salto en el tiempo, las noticias que poseemos sobre la conducta mantenida por las diferentes *poleis* fenicias durante la Segunda Guerra Púnica, señalan con más o menos claridad que estas comunidades disfrutaban de un alto grado de autonomía e independencia política respecto a Gadir. Así lo muestra, por ejemplo, la actitud que adoptan los romanos tras de su victoria, pues mientras la ciudad gaditana recibe un *foedus* privilegiado, ciudades como Malaka, Seks o Abdera pasan a ser estipendiarias tras su rendición. En definitiva, es justo aquí, en la existencia de una autoconciencia ciudadana que diferenciaba étnicamente a unas comunidades de otras, más allá incluso de que ciertos elementos supracomunitarios de carácter lingüístico o religioso tuvieran también importancia referencial, donde se deben buscar los fundamentos básicos de la identidad fenicia.

Dicho todo esto, lo que realmente nos interesa es analizar qué significa en términos políticos, culturales y, sobre todo, identitarios, el intenso carácter “fenicio-púnico” que documentan los arqueólogos en la cultura material de las ciudades del litoral meridional de la Península Ibérica, muchas de las cuales se tienen por muy “romanizadas”. Como ya señalábamos al principio, Gadir, Malaca, Abdera o Sexi no dejan de ser ciudades fenicias cuando quedan bajo la órbita de Roma a finales del siglo III a.C. Junto a los materiales romanos, cada vez se encuentran más producciones locales que se mantienen hasta bien entrado el siglo I d.C. y ello, efectivamente, nos habla de una fuerte perduración de las tradiciones y creencias anteriores a la conquista romana⁵¹. Con seguridad sabemos, según se desprende de varios grafitos encontrados en Malaca y Sexi⁵², que durante las primeras centurias del Imperio se siguió hablando y escribiendo púnico en estas ciudades, por lo que el peso de las comunidades fenicio-púnicas debía ser todavía importante en una época, en

⁴⁸ López Castro 2004.

⁴⁹ Ferrer Albelda y Álvarez 2009.

⁵⁰ Garbini 2001; Mederos 2003-2004; Álvarez y Ferrer Albelda 2009.

⁵¹ Bendala Galán 2002.

⁵² Gran-Aymerich 1991, 93-94; Molina Fajardo 1986, 208. Véase Fig. 2.

la que Hispania en general y la Bética en particular, llevaban ya mucho tiempo integradas dentro de las estructuras socio-políticas y estatales de Roma. En uno de sus últimos trabajos, M. Álvarez⁵³, tomando como principal punto de partida la imagen positiva de los fenicios que encontramos en la *Geografía* de Estrabón⁵⁴, ha demostrado, por un lado, que ciertos referentes culturales y literarios que el geógrafo de Amasia asocia a la Turdetania son de raigambre fenicia y, por otro, que dicha imagen positiva, que alude a un célebre pasado civilizador y a una cultura altamente refinada, acaba siendo aceptada como nuevo marco identitario por las comunidades de origen fenicio o influenciadas por la cultura fenicia ya bajo la dominación romana de la Península Ibérica como forma de legitimación e integración recurriendo a elementos de antigüedad y prestigio. Estaríamos ante un claro ejemplo de que esas conocidas pervivencias, a las que ya hemos aludido repetidas veces a lo largo de este trabajo, se complementan muy posiblemente con fenómenos de reinención o reelaboración identitaria⁵⁵. Precisamente, en la otra parte del Imperio, entre los siglos I y II, hallamos a Filón de Biblos y su *Historia Phoenicia*, donde reivindica con orgullo la superioridad cultural que los fenicios alcanzan en el pasado frente a los griegos para realzar su propia identidad fenicia en un contexto político totalmente romano⁵⁶.

Encontramos serias dificultades para enmarcar dentro de categorías estancas a poblaciones asentadas en la Península Ibérica desde el siglo VIII a.C. como mínimo, las cuales deben ya considerarse “nativas” en el momento de la confrontación entre romanos y cartagineses. Recurriendo de nuevo a la teoría poscolonial, este problema podría resolverse si desechásemos las oposiciones binarias del tipo “nosotros”/“ellos” que han perpetuado las fuentes grecolatinas y la historiografía europea tradicional⁵⁷ y atendemos a lo que Homi K. Bhabha denomina “tercer espacio de enunciación”⁵⁸. Para Bhabha, la hibridación cultural viene a ser consecuencia o efecto directo de la confluencia, dentro de ese nuevo espacio de agencia, de la “ambivalencia” del discurso colonial y su “mimetismo” inherente, términos con clara raigambre psicoanalítica. La ambivalencia es usada para señalar el hecho de que los colonos, al verse desplazados de su lugar de origen e instalarse en otro donde constituyen una minoría, experimentan serias dificultades para seguir manteniendo su identidad sin que sufra cambios frente a los nativos, a la vez objeto de deseo y rechazo, mientras que el mimetismo, fruto de esa relación ambivalente, hace referencia a las herramientas de inclusión social que los propios colonizadores utilizan para hacer del colonizado un sujeto parecido a ellos, reconocible, aunque a la vez diferente: “casi lo mismo, *pero no exactamente*”⁵⁹. Resulta muy difícil aceptar ya que todas las formas culturales calificadas como “romanas” proviniesen de la propia Roma⁶⁰. Como hemos señalado, planteamos la hipótesis de que las comunidades fenicio-púnicas bajo poder romano construyeron discursos identitarios propios recurriendo a su “pasado fenicio” y a elementos culturales identificables como “fenicios”, por oposición a otras identidades coetáneas. Nuestra hipótesis pasa por vincular este fenómeno con las necesidades de legitimación de las élites políticas de las comunidades de tradición fenicia, inmersas de lleno en el complejo juego de oposiciones y agregaciones identitarias que sustentan las estructuras ideológicas del Imperio romano. Con ello se buscaba conseguir una buena posición dentro del sistema político del Imperio romano, notablemente flexible en su capacidad de integración de las élites de las comunidades conquistadas. No obstante, como ya hemos dicho, la construcción de estas identidades ciudadanas, de fuerte componente fenicio, no se opondría de forma excluyente a la identidad romana, sino que se integraría dentro de la compleja galería de identidades

⁵³ Álvarez 2012.

⁵⁴ Cruz Andreotti 2007. Recuérdese, igualmente, lo expuesto en la n. 11.

⁵⁵ Álvarez 2012, 54.

⁵⁶ Bohak 2005.

⁵⁷ Van Dommelen 1998 y 2001.

⁵⁸ Bhabha 2002, 57-58.

⁵⁹ Bhabha 2002, 112.

⁶⁰ Gosden 2008, 126.

que sustentaban el edificio imperial.

Los testimonios que nos ofrecen las fuentes griegas y latinas sobre la colonización fenicia del Extremo Occidente, en su mayoría, están cronológicamente muy alejados de los hechos históricos que narran⁶¹. Datadas a partir del siglo II a.C. en adelante, estas noticias nos transmiten información acerca de temas recurrentes, como los orígenes tirios de Gadir, la importancia del templo dedicado a Melqart que en la ciudad gaditana se edificó y la vocación comercial de los fenicios llegados desde el otro extremo del Mediterráneo, atraídos por la riqueza metalífera. Esta homogeneidad temática sería resultado, más que de la realidad histórica que vivieron los primeros colonos, de la imagen contemporánea que los habitantes de Gades, principalmente sus élites, tenían en época republicana y altoimperial acerca de su pasado, sobre el cual estarían proyectando sus propios valores e intereses⁶². Estamos, por tanto, ante unas clases dirigentes plenamente integradas en las estructuras ideológicas y económicas romanas, pero que, a la vez, recurren a elementos de la antigua tradición fenicia para configurar un determinado discurso identitario que les permita legitimarse ante su comunidad y ante la propia Roma. Como muy bien expresa el programa propagandístico de Augusto, nos hallamos en un contexto cultural absolutamente helenístico donde la legitimación política se busca siempre con ahínco en el mundo de los orígenes, el pasado, la tradición y los ancestros. Las identidades, desde el punto de vista que aquí estamos planteando, no son algo natural que surge y se desarrolla independientemente de los individuos y las sociedades. Tampoco permanecen estables a lo largo del tiempo, sino que más bien son dinámicas, cambiantes. Las identidades étnicas son construcciones históricas resultado de complejos procesos sociales y políticos que no tienen por qué coincidir con límites territoriales.

Como dirá Said: “del mismo modo que los seres humanos hacen su propia historia, los pueblos también se hicieron sus identidades étnicas y sus culturas”⁶³. Los cambios que resultan de la llegada de Roma a la Península Ibérica, de este modo, generan la aparición de nuevos marcos identitarios a partir de la reelaboración/reinvención por parte de las comunidades nativas de algunos de sus propios referentes culturales, étnicos, sociales e ideológicos, los cuales acaban integrándose en el discurso romano hegemónico para dar lugar a una cultura y una identidad híbridas. Woolf, en este sentido, piensa que la cultura imperial no era uniforme; es más oportuno, según su opinión, concebirla “como un sistema estructurado de diferencias”, con múltiples variables dependiendo de la región, la clase social, la edad, el género, etcétera⁶⁴. Por tanto, como hemos ido viendo, la “romanización” es resultado de un proceso mucho más complejo que la simple sustitución de una cultura por otra. La “romanización” creó formas híbridas a nivel local. De hecho, la tesis de Woolf es que los habitantes de la Galia no asimilaban únicamente la cultura provincial romana, sino que intervinieron activamente en su génesis⁶⁵. En el sur de la Península Ibérica, contamos con el significativo ejemplo de Carteia, una ciudad con una fuerte impronta púnica que conseguirá en 171 a.C. el estatuto de colonia latina por acoger en ella a los hijos que los soldados romanos tuvieron con mujeres hispanas. La aparición tras la conquista romana de estos contingentes poblacionales compuestos por gentes mestizas constituye, en fin, un excelente catalizador para estudiar los cambios, hibridaciones, reformulaciones y novedades que surgen en paralelo a la integración política de las comunidades de tradición fenicia en las estructuras de Roma, empezando con Gades y su temprano *foedus* y terminando con la municipalización de época flavia.

⁶¹ Bunnens 1979.

⁶² Álvarez y Ferrer Albelda 2009, 181-182.

⁶³ Said 1996, 515.

⁶⁴ Woolf 1997, 341.

⁶⁵ Woolf 1998.

4. Bibliografía

- Alfaro, C. (1988): *Las monedas de Gadir/Gades*, Madrid, Fundación para el Fomento de los Estudios Numismáticos.
- Álvarez, M. (2006): "El origen del ariete: Cartago versus Gadir a fines del s. III a.C.", J. Martínez Pinna (ed.), *Initia Rerum. Sobre el concepto del origen en el mundo antiguo*, Málaga, SPICUM, 125-140.
- Álvarez, M. (2009): "Identidad y etnia en Tartesos", *Arqueología Espacial* 27, 79-112.
- Álvarez, M. (2012): "Turdetania fenicia: pasado y prestigio en el occidente romano", B. Mora y G. Cruz Andreotti (eds.), *La etapa neopúnica en Hispania y el Mediterráneo centro occidental: identidades compartidas*, Sevilla, Universidad de Sevilla y CEFYP, 35-58.
- Álvarez, M. (2013): "Los fenicios de la Península Ibérica frente a Cartago y Roma: cuestiones de identidad", J. Santos Yanguas, J. y G. Cruz Andreotti (eds.), *Romanización, fronteras y etnia en la Roma Antigua: el caso hispano*, Vitoria-Gasteiz, Universidad del País Vasco, 771-805.
- Álvarez, M. y Ferrer Albelda, E. (2009): "Identidad e identidades entre los fenicios de la Península Ibérica en el período colonial", F. Wulff y M. Álvarez (eds.), *Identidades, culturas y territorios en la Andalucía prerromana*, Málaga, SPICUM, 165-204.
- Arévalo González, A. (2011-2012): "Continuidad e impronta púnica en la necrópolis de Gades", *CuPAUAM* 37-38, 525-538.
- Arteaga, O. (1981): "Las influencias púnicas. Anotaciones acerca de la dinámica histórica del poblamiento fenicio-púnico en Occidente a la luz de las excavaciones arqueológicas en el Cerro del Mar", *La Baja Época de la Cultura Ibérica*, Madrid, Asociación Española de Amigos de la Arqueología, 117-141.
- Arteaga, O. (1985): "Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Mar (campana de 1982). Una aportación preliminar al estudio estratigráfico de las ánforas púnicas y romanas del yacimiento", *Noticiario Arqueológico Hispánico* 23, 195-233.
- Aubet, M.^a E. (1986): "La necrópolis de Villaricos en el ámbito púnico peninsular", *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Sevilla, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, 612-624.
- Barceló, P. (2006): "Sobre el inicio de la presencia cartaginesa en Hispania", J. Martínez Pinna (ed.), *Initia Rerum. Sobre el concepto del origen en el mundo antiguo*, Málaga, SPICUM, 105-124.
- Bendala Galán, M. (1981): "La etapa final de la cultura ibero-turdetana y el impacto romanizador", *La Baja Época de la Cultura Ibérica*, Madrid, Asociación Española de Amigos de la Arqueología, 33-48.
- Bendala Galán, M. (1982): "La perduración púnica en los tiempos romanos. El caso de Carmo", *Huelva Arqueológica* 6, 193-203.
- Bendala Galán, M. (1987): "Los cartagineses en España", *Historia General de España y América*, vol. I-2, Madrid, Ediciones Rialp, 115-170.
- Bendala Galán, M. (1994): "El influjo cartaginés en el interior de Andalucía", *Cartago, Gadir, Ebusus y la influencia púnica en los territorios hispanos. VIII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Ibiza, 1993)*, Eivissa, Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera, 59-74.
- Bendala Galán, M. (2002): "Perduraciones y romanización en Hispania a la luz de la Arqueología funeraria: notas para una discusión", *Archivo Español de Arqueología* 75, 137-158.
- Bhabha, H. K. (2002): *El lugar de la cultura*, Buenos Aires, Manantial.
- Bohak, G. (2005): "Ethnic portraits in Greco-Roman literature", E. S. Gruen (ed.), *Cultural Borrowings and Ethnic Appropriations in Antiquity*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 207-237.
- Bunnens, G. (1979): *L'expansion phénicienne en Méditerranée. Essai d'interprétation fondé sur une analyse des traditions littéraires*, Bruselas-Roma, Institut Historique Belge de Rome.
- Cardete, M.^a C. (2009): "Construcciones Identitarias en el mundo antiguo: arqueología y fuentes literarias. El caso de la Sicilia Griega", *Arqueología Espacial* 27, 29-46.
- Chaves, F. (2009): "Identidad, cultura y territorio en la Andalucía prerromana a través de la

- numismática: el caso de *Gadir-Gades*", F. Wulff Alonso y M. Álvarez (eds.), *Identidades, culturas y territorios en la Andalucía prerromana*, Málaga, SPICUM, 317-359.
- Cruz Andreotti, G. (2004): "Una contribución a la etnogénesis ibérica desde la literatura antigua: a propósito de la geografía de Iberia y los iberos", J. M. Candau Morón *et al.* (eds.), *Historia y mito. El pasado legendario como fuente de autoridad*, Málaga, CEDMA, 241-276.
- Cruz Andreotti, G. (2007): "Acerca de Estrabón y la Turdetania-Bética", G. Cruz Andreotti *et al.* (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica II. La época imperial*, Málaga, CEDMA, 251-270.
- Devallet, G. (1996): "Perfidia plus quam Punica. L'image des Carthaginois dans la littérature latine, de la fin de la République à l'époque des Flaviens", *Lalies* 16, 17-28.
- Díaz-Andreu, M. *et al.* (2005): *The Archaeology of Identity: Approaches to gender, age, status, ethnicity and religion*, Londres-Nueva York, Routledge.
- Fanon, F. (2009): *Piel negra, máscaras blancas*, Madrid, Akal.
- Fernández Götz, M. A. y Ruiz Zapatero, G. (2011): "Hacia una Arqueología de la Etnicidad", *Trabajos de Prehistoria* 68 (2), 219-236.
- Ferrer Albelda, E. (1996a): *La España cartaginesa. Claves historiográficas para la historia de España*, Sevilla, Universidad de Sevilla.
- Ferrer Albelda, E. (1996b): "Los púnicos de Iberia y la historiografía grecolatina", *SPAL* 5, 115-131.
- Ferrer Albelda, E. (1998): "Suplemento al mapa paleoetnológico de la Península Ibérica: los púnicos de Iberia", *Rivista di Studi Fenici* XXVI (1), 31-54.
- Ferrer Albelda, E. (2002-2003): "Gloria y ruina de la Iberia cartaginesa. Imágenes del poder en la historiografía española", *CuPAUAM* 28-29, 7-21.
- Ferrer Albelda, E. (2006a): "La bahía de Cádiz en el contexto del mundo púnico: aspectos étnicos y políticos", *SPAL* 15, 267-280.
- Ferrer Albelda, E. (2006b): "¿Mastia en África?", *L'Africa romana. Atti del XVI Convegno Internazionale di Studi (Rabat, 2004)*, vol. IV, Roma, Carocci Editore, 1997-2007.
- Ferrer Albelda, E. (2007): "Fenicios y cartagineses en el Tartessos postcolonial", *El nacimiento de la ciudad: la Carmona protohistórica. Actas del V congreso de historia de Carmona*, Carmona, Ayuntamiento de Carmona, 195-223.
- Ferrer Albelda, E. y Álvarez, M. (2009): "Comunidad cívica e identidad en la Iberia púnica", F. Wulff y M. Álvarez (eds.), *Identidades, culturas y territorios en la Andalucía prerromana*, Málaga, SPICUM, 205-235.
- Ferrer Albelda, E. y Pliego, R. (2010): "...*Auxilium consanguineis Karthaginiensis misere*: un nuevo marco interpretativo de las relaciones entre Cartago y las comunidades púnicas de Iberia" *Mainake* XVIII (1), 525-557.
- Frutos Reyes, G. de (1991): *Cartago y la política colonial. Los casos norteafricanos e hispano*, Écija, Gráficas Sol.
- Frutos Reyes, G. de (1993): "Aspectos de la presencia cartaginesa en la Península Ibérica durante el siglo V a.C.", *Actas del I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía (Córdoba, 1998)*, vol. I, Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 125-135.
- Frutos Reyes, G. de y Muñoz Vicente, A. (2008): "La incidencia antrópica del poblamiento fenicio-púnico desde Cádiz a Sancti Petri", *RAMPAS* 10, 237-266.
- Garbini, G. (2001): "Nouvelles perspectives sur la plus ancienne présence orientale dans la Péninsule Ibérique", *Os púnicos no Extremo Occidente. Actas do Coloquio Internacional (Lisboa, 27 e 28 de outubro de 2000)*, Lisboa, Universidade Aberta, 39-45.
- González Wagner, C. (1984): "El comercio púnico en el Mediterráneo a la luz de una nueva interpretación de los tratados concluidos entre Cartago y Roma", *Memorias de Historia Antigua* 6, 211-224.
- González Wagner, C. (1985): "Cartago y el Occidente. Una revisión crítica de la evidencia literaria arqueológica", *In memoriam: Agustín Díaz Toledo*, Granada, Universidad de Granada, 437-460.
- González Wagner, C. (1994): "El auge de Cartago (s. VI-IV) y su manifestación en la

- Península Ibérica”, *Cartago, Gadir, Ebusus y la influencia púnica en los territorios hispanos. VIII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Ibiza, 1993)*, Eivissa, Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera, 7-22.
- Gran-Aymerich, J. (1991): *Malaga phénicienne et punique. Recherches franco-espagnoles 1981-1988*, París, Recherche sur les Civilisations.
- Gosden, C. (2008): *Arqueología y colonialismo. El contacto cultural desde 5000 a.C. hasta el presente*, Barcelona, Bellaterra.
- Gruen, E. S. (2010): *Rethinking the Other in Antiquity*, Princeton, Princeton University Press.
- Guha, R. (2002): *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, Barcelona, Crítica.
- Jenkins, R. (1997): *Rethinking ethnicity: Arguments and Explorations*, Londres, SAGE.
- Jenkins, R. (2008): *Social Identity. Third Edition*, Londres-Nueva York, Routledge.
- Jiménez, A. (2007): “Culto a los ancestros en época romana: los cipos funerarios de Baelo Claudia (Bolonía, Cádiz)”, *Archivo Español de Arqueología* 80, 75-106.
- Jiménez, A. (2008): *Imágenes Híbridae. Una aproximación postcolonialista al estudio de las necrópolis de la Bética*, Madrid, CSIC.
- Koch, M. (1976): “Observaciones sobre la permanencia del sustrato púnico en la Península Ibérica”, *Actas del I Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 191-199.
- Koch, M. (2001): “Cartago e Hispania anteriores a los Bárquidas”, F. Villar y M.^a P. Fernández Álvarez (eds.), *Religión, lengua y cultura prerromanas de Hispania*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca 189-197.
- López Castro, J. L. (1991a): “Cartago y la Península Ibérica: ¿imperialismo o hegemonía?”, *La caída de Tiro y el auge de Cartago. V Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Ibiza, 1990)*, Eivissa, Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera, 73-84.
- López Castro, J. L. (1991b): “El imperialismo cartaginés y las ciudades fenicias de la Península Ibérica entre los siglos VI-III a.C.”, *Studi di Egittologia e di Antichità Puniche* 9, 87-106.
- López Castro, J. L. (1994): “Cartago y la Península Ibérica en la historiografía española reciente (1980-1992)”, *Hispania Antiqua* XVIII (2), 519-532.
- López Castro, J. L. (1995): *Hispania Poena. Los fenicios en la Hispania romana*, Barcelona, Crítica.
- López Castro, J. L. (2004): “La identidad étnica de los fenicios occidentales”, G. Cruz Andreotti y B. Mora (coords.), *Identidades étnicas – Identidades políticas en el mundo prerromano hispano*, Málaga, SPICUM, 147-168.
- López Castro, J. L. (2007): “The western Phoenicians under the Roman Republic: integration and persistence”, P. Van Dommelen y N. Terrenato (eds.), *Articulating local cultures: Power and identity under the expanding Roman republic*, Portsmouth (Rhode Island), Journal of Roman Archaeology, 103-125.
- López Pardo, F. y Suárez, J. (2002): “Traslados de población entre el Norte de África y el sur de la Península Ibérica en los contetos coloniales fenicio y púnico”, *Gerión* 20 (1), 113-152.
- Mederos, A. (2003-2004): “Una colonización competitiva. TKR, MŠWŠ y las tradiciones de fundación de Massia (Murcia) y Sexi (Granada)”, *AnMurcia* 19-20, 123-141.
- Mederos, A. y Escribano Cobo, G. (2000): “El periplo norteafricano de Hannón y la rivalidad gaditano-cartaginesa de los siglos IV-III a.C.”, *Gerión* 18, 77-107.
- Molina Fajardo, F. (1986): “Almuñecar a la luz de los nuevos hallazgos fenicios”, M.^a E. Aubet y G. del Olmo (dirs.), *Los fenicios en la Península Ibérica*, vol. I, Sabadell, AUSA, 193-216.
- Mora, B. (2007): “Sobre el uso de la moneda en las ciudades fenicio-púnicas de la Península Ibérica”, J. L. López Castro (ed.), *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo Occidental*, Almería, Universidad de Almería y CEFYP, 405-438.
- Mora, B. (2013): “Iconografía monetaria fenicio-púnica como reflejo de cultos cívicos, mitos e identidades compartidas”, *La moneda y su papel en las sociedades fenicio-púnicas. XXVII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Eivissa, 2012)*, Eivissa, Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera, 143-182.

- Pliego, R. (2003): "Sobre el reclutamiento de mercenarios turdetanos: el campamento cartaginés e El Gandul (Alcalá de Guadaíra, Sevilla)", *Habis* 34, 39-56.
- Prados Martínez, P. (2001): "Pasado, presente y futuro de las investigaciones sobre el mundo púnico: una revisión ante el nuevo Milenio", *CuPAUAM* 27, 63-78.
- Rodríguez Nelia, J. F. (2011): "Los Cornelios Balbos. Política y mecenazgo entre Gades y Roma", D. Bernal y A. Arévalo González (eds.), *El Theatrum Baldi de Gades*, Cádiz, Universidad de Cádiz y Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, 307-333.
- Said, E. W. (1978): *Orientalism*, Londres, Routledge & Kegan Paul.
- Said, E. W. (1996): *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama.
- Schulten, A. (1924): *Tartessos. Contribución a la historia más antigua de Occidente*, Madrid, Revista de Occidente.
- Tsirkin, J. B. (1985): "The phoenician civilization in Roman Spain", *Gerión* 3, 245-270.
- Vaquerizo, D. (2010): *Necrópolis urbanas en Baetica*, Tarragona, Institut Català d'Arqueologia Clàssica y Universidad de Sevilla.
- Vaquerizo, D. (2012): "De nuevo, sobre el sustrato púnico en el mundo funerario de la Bética. Reflexiones, desde la incertidumbre", *SPAL* 21, 153-182.
- Van Dommelen, P. (1998): "Punic persistence: colonialism and cultural identities in Roman Sardinia", R. Laurence y J. Berry (eds.), *Cultural Identity in the Roman Empire*, Londres-Nueva York, Routledge, 25-46.
- Van Dommelen, P. (2001): "Cultural imaginings. Punic tradition and local identity in Roman Republican Sardinia", S. J. Keay y N. Terrenato (eds.), *Italy and the West. Comparative Issues in Romanization*, Oxford, Oxbow, 68-84.
- Van Dommelen, P. (2008): "Colonialismo: pasado y presente. Perspectivas poscoloniales y arqueológicas de contextos coloniales", G. Cano y A. Delgado (eds.), *De Tartessos a Manila, Siete estudios coloniales y poscoloniales*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 63-64.
- Whittaker, C. R. (1978): «Carthaginian imperialism in the fifth and fourth centuries», en P. D. A. Garnsey y C. R. Whittaker, (eds.), *Imperialism in the Ancient World*, Cambridge University Press, Cambridge, 59-90.
- Woolf, G. (1997): "Beyond Romans and natives", *World Archaeology* 28 (3), 339-350.
- Woolf, G. (1998): *Becoming Roman: The Origins of Provincial Civilization in Gaul*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Young, R. (2001): *Postcolonialism: An historical Introduction*, Oxford-Malden, Blackwell Publishing.



Fig. 1 – Ciudades de tradición fenicio-púnica a mediados del siglo I d.C. (época imperial). Mapa de elaboración propia.

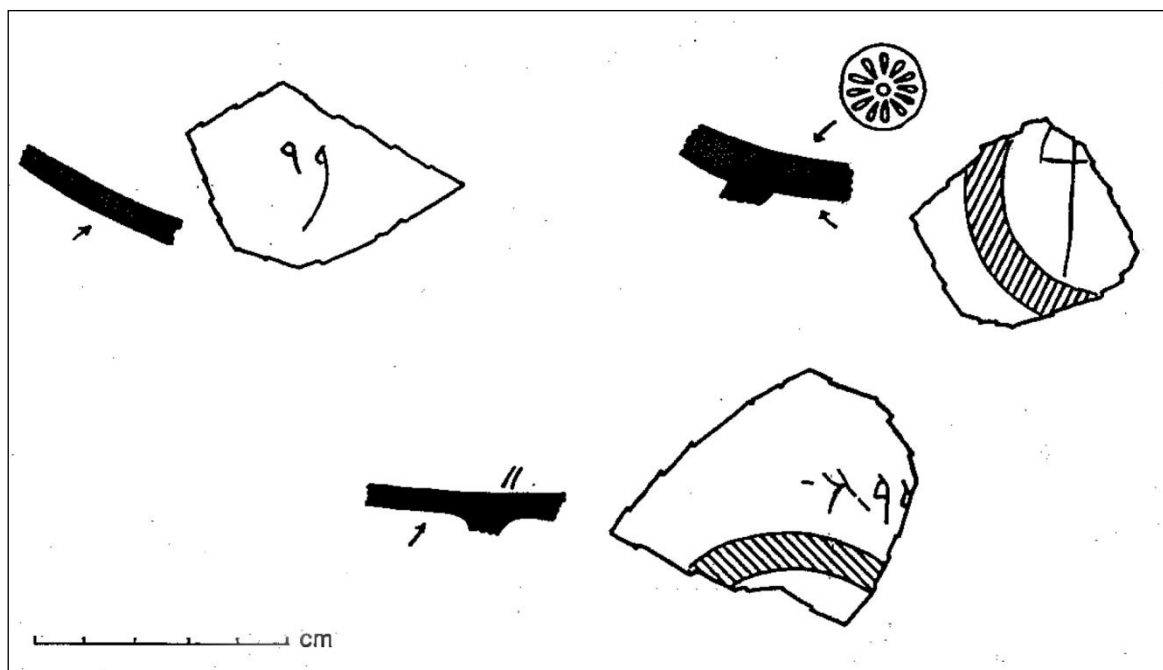


Fig. 2 – Fragmentos de cerámica (dos campanienses del tipo A y una pieza de *terra sigillata*) con caracteres neopúnicos procedentes del entorno del teatro romano de Malaca. Estos tres fragmentos cerámicos se fechan entre el siglo II a.C. y principios del I d.C. Tomado de Gran-Aymerich 1991, 291.